

Pedro Arrupe, testigo y profeta

Martín Maier, sj.

Prólogo

Cuando el 22 de mayo de 1965 Pedro Arrupe fue elegido 28º General de la Compañía de Jesús, se llevó una sorpresa total. Y *ahora ¿qué hago?*¹, fue su primera pregunta a José Oñate, su vecino de asiento, quien le respondió con gran presencia de ánimo: “La cosa está bien clara, obedezca por última vez”. Sin embargo, Oñate se equivocó. Durante los 18 años de su generalato, Arrupe fue sometido por los Papas a difíciles pruebas de obediencia. Y en los diez últimos años de su enfermedad, como consecuencia de un ataque de apoplejía, se cumplieron en él las palabras de Jesús, que figuran al pie de un cuadro de la crucifixión de Pedro en su cuarto de la enfermería: “Cuando eras joven, tú mismo te ceñías y podías ir adonde querías. Pero, cuando seas viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde tu no quieras” (Jn 21, 18).

Su biógrafo español, Pedro Miguel Lamet, ha llamado a Pedro Arrupe, que hubiera cumplido cien años en el 2007, “una explosión en la Iglesia”. El jesuita vasco fue una de las personalidades más importantes y conocidas del postconcilio, y aún después de su muerte desplegó una gran fuerza inspiradora. Nunca tuve ocasión de encontrarme con él personalmente. Pero a través de quienes le conocieron bien y de sus escritos, me he hecho de él una viva imagen. Humanamente tuvo que

* Jesuita. Colaborador con este número de *Diakonia*. 124, (Diciembre 2007).

¹ Las palabras de Pedro Arrupe aparecen en cursiva. Cuando se aduce explícitamente la fuente aparecen entre comillas.

ser extraordinariamente atrayente y simpático. Con una sonrisa que desarmaba pudo dominar las situaciones más difíciles, y la fascinación que irradiaba su personalidad iba pareja con su credibilidad. Vivía lo que anunciaba. Como dice Ignacio de Loyola, predicó el amor más con las obras que con las palabras. En él se armonizaban teoría y praxis.

En mis conversaciones con íntimos de Arrupe casi siempre escuché la misma frase: “Era un santo”. Y se comenta con cierta ironía que otros, cuya santidad es más discutible que la de Arrupe, han sido elevados “al honor de los altares” antes que él y con mucha rapidez. En una conversación con Vincent O’Keefe, uno de sus más estrechos colaboradores y amigos, se me escaparon estas palabras: “Yo creo que la Compañía de Jesús todavía no ha entendido todo lo que Dios quiso comunicarle por medio de Pedro Arrupe”. O’Keefe asintió convencidamente. En este escrito trataré de rastrear algunos de esos impulsos que nos han llegado de Pedro Arrupe.

El Concilio Vaticano II había pedido a las órdenes religiosas una renovación adecuada a la época, a través de una vuelta al espíritu de sus orígenes. Arrupe, en su función de General, convirtió en misión central suya hacer real ese objetivo. Con fidelidad creativa tradujo para hoy los principios más importantes de la espiritualidad ignaciana. Ignacio había concebido como finalidad de la Compañía conjuntamente la “mayor gloria de Dios” y la “ayuda de las almas”, lo que para Arrupe, en el mundo de hoy, se concentraba en el compromiso por la fe y la justicia, como misión de la Compañía. Fue también el primero en introducir en la Iglesia el concepto de inculturación, abriendo con ello, proféticamente, nuevos caminos al encuentro de la fe cristiana con las más diversas culturas. Durante su generalato tuvo lugar una de las crisis más difíciles en las relaciones de la Compañía de Jesús con la Santa Sede. Pero no fue solamente un problema de la Compañía, pues la raíz más profunda de la crisis estaba en las discusiones postconciliares sobre la correcta interpretación del Vaticano II.

Arrupe era un ciudadano del mundo familiarizado con diversas culturas. Durante sus 27 años de misionero en Japón tendió muchos puentes entre Oriente y Occidente. Hombre de visión universal, bien puede considerársele como precursor de la globalización. Mucho antes del

movimiento ecológico, previó que el consumismo desenfrenado destruye los fundamentos naturales de la vida. Promovió una “sociedad de lo suficiente”, lo que Jon Sobrino, siguiendo a Ignacio Ellacuría y su idea de la “civilización de la pobreza”, formula como “civilización de la austeridad compartida”, desafío que ha adquirido nueva actualidad en el mundo de hoy. El secreto de su persona residió en su profunda unión con Jesucristo. Pudo hablar sobre Jesucristo, y con Él, con una vitalidad fascinante y contagiosa. Uno de sus más profundos pensamientos dice así: Tan cerca de nosotros no había estado el Señor, acaso nunca, ya que nunca habíamos estado tan inseguros.

Se puede uno preguntar si el paso del tiempo no ha arrollado a Arrupe, de modo que retornar a él no es sino una forma de nostalgia. Es cierto que algunos de sus textos pueden haber sido escritos con un optimismo y una exultación, que hoy ya no podemos compartir. Y también se ha ido difuminando el ambiente de éxodo, de salirse de lo ya conocido, que siguió al Concilio. Sin embargo, en perspectiva histórica, Karl Rahner ya había estimado que la puesta en práctica del cambio del Concilio Vaticano II tomaría unos cien años. Las últimas Congregaciones Generales intentaron hacer fructificar entre los jesuitas los impulsos del Concilio, y el cambio todavía llevará tiempo. Por ello ante la Congregación General 35, al comienzo del 2008, en la Compañía domina la tendencia a no elaborar grandes documentos ni decretos, sino a buscar caminos de conversión en la línea de lo que ya dijeron -y dijeron bien- congregaciones anteriores. En este contexto bien merece la pena recordar a Pedro Arrupe, en quien no pocos reconocen al más importante General de la Compañía de Jesús desde Ignacio.

1. Vida de Pedro Arrupe :

Infancia y estudios de Medicina

Pedro Arrupe Gondra nace el 14 de noviembre de 1907 en Bilbao, como último de cinco hijos. Tiene cuatro hermanas. Su padre es arquitecto y su madre hija de un médico. Ambos son profundamente creyentes. La familia pasa por acomodada. Pedro es claramente un niño vivaz y un estudiante extraordinario. Con once años entra en la

Congregación Mariana, en cuya revista "Flores y Frutos" Pedro Arrupe escribe en marzo 1923 un breve artículo sobre Francisco Javier, Japón y las Misiones. No podía sospechar entonces que quince años más tarde habrá de seguir, como misionero, las huellas de Francisco Javier en Japón.

Ese mismo año empieza los estudios de medicina en Madrid. Pedro es un excelente estudiante. Ama extraordinariamente la música. Va con frecuencia a la ópera. Con su hermosa voz de barítono cantará más tarde en ocasiones especiales, como misionero en Japón e incluso como General. Durante sus estudios de medicina vive una breve historia de amor con la hermana de un jesuita colombiano. Arrupe pudo recordarlo, cuando más tarde, ya como General, mencionó la experiencia del enamoramiento como una de las condiciones deseables en un joven que pretendiera ser jesuita.

Su amigo de estudios Enrique Chacón le invita a hacerse miembro de las Conferencias de San Vicente y a visitar familias pobres en los suburbios de Madrid. Por primera vez en su vida toma contacto con la miseria social y las situaciones de injusticia. Él lo recuerda así: *Aquello, lo confieso, fue un mundo nuevo para mí. Me encontré con el dolor terrible de la miseria y el abandono. Viudas cargadas de hijos, que pedían pan sin que nadie pudiera dárselo; enfermos que mendigaban la caridad de una medicina sin que ningún samaritano se la otorgase... Y, sobre todo, niños, muchos niños, medio abandonados unos, maltratados otros, insuficientemente vestidos la mayor parte y habitualmente hambrientos todos.* Arrupe y Chacón, impresionados por esta necesidad, decidieron renunciar a sus visitas a la pastelería "La India" e hicieron llegar el dinero así ahorrado a los pobres de Madrid.

Durante el tercer año de medicina, Arrupe entra en una crisis personal y se pregunta por el sentido y orientación de su vida. Vive con profundo dolor la muerte de su padre, y se convierte en cabeza de familia para sus cuatro hermanas. Poco después emprende con ellas una peregrinación a Lourdes. Como estudiante de medicina recibe un permiso especial para examinar a los enfermos. En julio de 1926 es testigo de tres curaciones extraordinarias: una religiosa paralítica puede volver a caminar al paso de la custodia; una mujer con cáncer de

estómago en estado terminal, curada en tres días; un joven con parálisis infantil salta de su silla de ruedas en el momento de la bendición eucarística.

En mirada retrospectiva escribe Arrupe: *Sentí a Dios tan cerca en sus milagros, que me arrastró violentamente detrás de sí. Y lo vi tan cerca de los que sufren, de los que lloran, de los que naufragan en esta vida de desamparo, que se encendió en mí el deseo ardiente de imitarle en esta voluntaria proximidad a los desechos del mundo, que la sociedad desprecia, porque ni siquiera sospecha que hay un alma vibrando bajo tanto dolor.* No fueron, en primer lugar, las curaciones milagrosas las que tocaron a Arrupe, sino la cercanía de Dios hacia los que sufren, y que se manifiesta en ellos. Como ya aparece en el Evangelio, los milagros son signos del poder sanador de Dios en el mundo y de su especial amor a los pobres y a los marginados. En esto Arrupe desearía imitarlo.

Impresionado por las experiencias de Lourdes, madura su decisión de hacerse jesuita. La decisión es recibida negativamente en el ambiente anticlerical de la universidad. Su profesor de medicina, Juan Negrín, quien llegó a ser más tarde Presidente de la República española, califica como una gran pérdida para la medicina el que Arrupe haya abandonado su carrera de médico. Especialmente dura fue para sus hermanas su entrada en la Compañía de Jesús: *Fueron momentos muy duros. Mucho lloraron, porque la separación era muy dura. Pero no tengo que reprocharles ni el menor esfuerzo por retenerme en contra de una voluntad, que era claramente la de Dios.* Quedó muy agradecido a sus hermanas. Su dolor no había sido menor que el de ellas.

Entrada en la Compañía de Jesús

El 25 de enero de 1927 Pedro Arrupe entra en el noviciado de la provincia jesuítica de Castilla, en Loyola. Ya en el noviciado aparece un típico rasgo del carácter de Arrupe: liberal y abierto con los demás, pero muy exigente consigo mismo. En vez de la hora prescrita de oración él hace dos horas cada día. Tiene un fino sentido del humor. Como General, escribirá en 1973 a un maestro de novicios que su principal servicio consiste en enriquecer a sus novicios con la “forma Societatis”, compartirla con ellos y contagiársela porque él mismo la vive. Sus primeros votos los hizo en diciembre de 1928.

En la siguiente fase de la formación, el juniorado, Arrupe fue bedel-representante de los estudiantes jesuitas ante el rector. Durante los Ejercicios de ocho días en su primer año de juniorado despertó en él la llamada misionera. De repente lo vio con toda claridad: Dios quiere que él vaya a la misión de Japón. Antes nunca había pensado en ello. El Padre que le acompaña se lo confirma. Entonces Arrupe escribe una carta al General de la Orden, Wladimiro Ledóchowski en Roma, con la petición de ser enviado a Japón. Sin embargo, sólo recibe una lacónica respuesta, que no decía nada sobre el futuro. Un año después escribe una nueva carta y recibe la misma contestación. Arrupe queda profundamente decepcionado; más tarde, ya General, dirá que él hubiera reaccionado de la misma manera a una carta semejante de un joven jesuita. Una vocación misionera debe ser probada. El consuelo le vino del Padre Ibero, Rector de Loyola, que le profetizó: “No te preocupes, Perico, tu irás a Japón”.

En 1931 Arrupe comienza sus estudios de filosofía en el Colegio Máximo de Oña, Burgos, donde recibe el regalo de importantes experiencias espirituales. En un claustro del Colegio escucha una misteriosa voz: “Tu serás el primero”. Y experimenta una gran luz interior con la que todo le parece nuevo, lo que recuerda la experiencia de “ilustración” que vivió Ignacio en Manresa junto al río Cardoner. En su autobiografía, el “Relato del peregrino”, describe Ignacio esta experiencia. “Una vez iba por su devoción a una iglesia, que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo se llama San Pablo, y el camino va junto al río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado, se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de cosas de fe y letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas”. No se trataba de una visión objetiva, sino de una nueva luz bajo la cual se le manifestaron todas las cosas. Corresponde a la experiencia de ilustración que describe Arrupe.

En 1932 la situación política española llevó a la expulsión de la Compañía de Jesús. Los jóvenes jesuitas deberían continuar sus estudios en el destierro, en Marneffe, Bélgica. En las dos últimas

semanas en España Arrupe se sumergió en el volumen de “Monumenta Ignaciana” -edición histórica de las fuentes de la Orden- sobre los Ejercicios. *Este tiempo de lectura, de oración y de reflexión me permitió penetrar de manera decisiva en el pensamiento y la espiritualidad de San Ignacio.* De 1933 a 1936 Arrupe estudia teología en el Colegio de Valkenburg, en Holanda, con los jesuitas alemanes. Allí debió especializarse en ética de la medicina con el conocido teólogo moralista Franz Hürth. Este tiempo, compartido con los jesuitas alemanes, será más tarde de particular importancia, ya que a la provincia jesuítica de Alemania del Este se la había encargado la misión del Japón. Entre sus compañeros de estudios en Valkenburg está Alfredo Delp, quien poco antes del fin de la guerra será ejecutado por los nacionalsocialistas, por su colaboración con el grupo de resistencia de Kreisau. Para Arrupe el Padre Delp es un mártir.

El 30 de julio de 1936, Pedro Arrupe es ordenado sacerdote con otros 40 compañeros jesuitas de su provincia. Ningún familiar pudo estar presente en la ordenación, pues en España acababa de estallar la guerra civil. Arrupe va a sentir una creciente devoción y predilección por la santa Misa. Su espiritualidad está marcada eucarísticamente de forma muy especial. Cree profundísimamente en la presencia de Cristo en la Eucaristía.

En 1936, inesperadamente, su provincial le envía a Estados Unidos a especializarse en ética de la medicina. De 1937 a 1938 hace en Cleveland, Ohio, su tercera probación, el último año de formación. Allí, por fin, el 7 de junio de 1938, recibe la tan deseada carta del General: “Después de haberlo considerado delante de Dios y haberlo consultado con su Provincial, le destino a la Misión de Japón”. Antes de partir para Japón pasa algunos meses de trabajo pastoral en una prisión de alta seguridad en Nueva York. En poco tiempo se gana el corazón de los presos. La despedida le costó mucho. Mirando a sus experiencias con presos escribe: *Es claro que el lugar del sacerdote está siempre junto al dolor.*

Misionero en Japón

El 30 de septiembre de 1938, en Seattle, después de diez largos años de espera, comienza la travesía hacia Japón. Al llegar, llora de alegría, y cae en la cuenta de que llorar había sido raro en él desde que era mayor. Sin embargo el comienzo en Japón es sobrio. Arrupe

experimenta las exigencias de la inculturación en su propia carne: lengua extranjera, costumbres japonesas, comida japonesa. Una experiencia extraordinaria es la misa que celebra en la cumbre del Fujiyama. Arrupe conoce al jesuita alemán Hugo Enomiya Lasalle, el gran constructor de puentes entre Zen y Cristianismo. Lasalle es un buen violoncelista y Arrupe le convence para que le acompañe con el violoncelo en sus cantos.

El joven misionero se mete todo lo que puede en la cultura japonesa y se ejercita en el tiro del arco, en la ceremonia del te, en la meditación Zen y en el arte de escribir japonés. Su primer destino es de párroco en la ciudad de Yamaguchi. Poco antes de la entrada de Japón en la segunda guerra mundial, el 8 de noviembre de 1941, Arrupe, sospechoso de ser espía, es encarcelado. Pasa semanas llenas de inseguridad y privaciones en una prisión militar hasta el 12 de enero de 1942. Ese tiempo se convierte para Arrupe en una profunda experiencia espiritual: *Aprendí la ciencia del silencio, de la soledad, de la pobreza severa y austera, del diálogo interior con el huésped del alma –“hospes animae”–, que nunca se me ha mostrado más “dulces”*. Arrupe habla del mes más rico de enseñanza en su vida. Le conmueve profundamente que los feligreses de su parroquia en Nochebuena se arriesguen a cantar un villancico de Navidad ante la celda de su cárcel.

En 1942 Arrupe es nombrado maestro de novicios y pasa a Nagatsuka, cerca de Hiroshima. Se hace más exigente y radical consigo mismo. Durante la siesta alguien le sorprende limpiando los zapatos de los novicios. Nunca duerme más de cinco horas; con frecuencia sólo cuatro.

El 6 de agosto de 1945 Arrupe es testigo de la explosión de la bomba atómica en Hiroshima. Un relámpago, como un fogonazo de magnesio, corta el cielo. 80.000 hombres mueren en el acto; más de 100.000 quedan heridos. El noviciado, distante siete kilómetros del centro de la ciudad, es seriamente dañado, pero ninguno de los 35 novicios resulta herido. Desde un altozano percibe Arrupe la magnitud de la catástrofe. Hiroshima es un infierno ardiendo. La bomba atómica había arrojado sobre la ciudad víctima la primera llamarada de un fuego blanco intenso. Y, al contacto de su calor terrible, todos los combustibles ardieron como cerillas metidas en un horno. Y, como si esto fuera poco,

las viviendas de madera que se derrumbaban bajo la onda de la explosión, cayeron sobre las brasas de los hornillos caseros, que pronto se convirtieron en llamaradas de hoguera.

Arrupe va a la capilla y pide luz al Señor en aquella terrible oscuridad. Decide convertir el noviciado en un improvisado hospital. Retoma los conocimientos de sus interrumpidos estudios de medicina. Y en condiciones de lo más primitivo y sin anestesia, debe hacer operaciones difícilísimas y limpiar heridas gravísimas. El dominio de sí mismo y la capacidad de sufrimiento de los japoneses le impresionan profundamente. De los 150 pacientes, que atendió durante meses, sólo dos murieron.

El 22 de marzo de 1954 es nombrado Viceprovincial de la Viceprovincia de Japón, que en 1958 es erigida Provincia independiente. Entonces, Arrupe es su primer Provincial. En aquel momento viven y trabajan en Japón jesuitas de más de 30 naciones. Esto hace que la provincia sea en sí misma un espejo de la Compañía de Jesús universal y un laboratorio apostólico internacional. Arrupe emprende numerosos viajes a Europa, América del Norte y América Latina, para conseguir ayuda de personas y de dinero. En uno de esos viajes vive un acontecimiento significativo. Una señora muy rica le invita a una charla en su casa. Allí le entrega solemnemente, en presencia de amigos y periodistas, un sobre que Arrupe, con alguna impaciencia, abre en el camino de regreso. El sobre contiene el equivalente a un par de dólares. Al día siguiente aparece en un periódico una fotografía de este “generoso” dispendio.

El número de jesuitas crece en Japón, de 126 en el año 1954 a 426 en el año 1961. Arrupe desarrolla una impresionante actividad, para algunos demasiado acelerada. Por eso, el gobierno general de la Orden en Roma en 1964 nombra Visitador al holandés Padre George Kester, quien debe elaborar un informe sobre la provincia de Japón. Como General recién elegido, Arrupe se convertirá en el destinatario del informe. Y, comprensivo, comentará: ¡Pobre P. Kester!

Superior General de la Compañía de Jesús

El 22 de mayo de 1965 Pedro Arrupe es elegido 28º General de la Compañía de Jesús. Su predecesor fue el belga Johann Baptist Janssens (1889-1964), que dirigió la Compañía desde 1942. En una ajustada elección, entre los cuatro candidatos salió elegido en la tercera ronda. El italiano Pablo Dezza, anterior rector de la Pontificia Universidad Gregoriana,

era el candidato del ala conservadora. Sin embargo la mayor parte de los delegados de la Congregación General 31 deseaban un Superior General que trajese a Roma el aire fresco de una Compañía de Jesús misionera.

Como Superior General Arrupe introdujo un nuevo estilo de gobierno. Hasta entonces el General de los jesuitas había sido una figura lejana, invisible. Con Pedro Arrupe cobra rostro y, sobre todo, un rostro sonriente. Da gran valor a la comunicación directa. Se lo facilita su conocimiento de siete idiomas. A un periodista le confiesa que su hobby es hablar con la gente. Su atención a quien está hablando con él es ilimitada. Busca contactos con los medios y es un partner solicitado para entrevistas. En la curia instala un centro de Comunicación. Algo cambia también en la convivencia diaria de los más de cien jesuitas ocupados en tareas de dirección de la Orden. En el comedor se cambia el viejo orden monástico de asientos por mesas de a seis. Una cafetería con expendedores automáticos de bebidas favorece la comunicación informal. La casa central de la Orden se convierte en una casa de acogida de huéspedes. La revista Times presenta en portada su rostro con la inscripción "Pedro Arrupe y Pepsi Cola". La Congregación General 31 le encarga visitar *in situ* a los jesuitas a lo largo y ancho del mundo. A finales de 1965 comienza el primero de sus muchos viajes al extranjero, que le lleva al Próximo Oriente y África.

De octubre a diciembre de 1965 Arrupe participa en la cuarta y última sesión del Concilio Vaticano II. En el aula conciliar tiene una intervención sobre el ateísmo -en 1965 el Papa Pablo VI había encomendado a los jesuitas, al comienzo de la Congregación General que eligió a Arrupe, la misión especial de afrontar el ateísmo-, y una segunda intervención sobre la actividad misionera en la Iglesia. El 27 de junio de 1967 Arrupe es elegido Presidente de la Unión de Superiores Mayores religiosos, con lo que llega a representar a más de 300.000 religiosos. Hasta 1979 es elegido reiteradamente, cuatro veces, para dicho cargo.

En agosto de 1968 Arrupe participa en la II Asamblea de Obispos de Latinoamérica en Medellín, Colombia, que de forma creativa traducirá el Concilio Vaticano II a la situación de América Latina. Los obispos juzgan la inhumana situación de pobreza de la mayor parte de los hombres y mujeres en el subcontinente desde la voluntad liberadora de Dios. Desde la fe y los fundamentos bíblicos sacan como consecuencia la opción por los

pobres. La Asamblea de los Obispos y la teología de la liberación, nacida en aquel entonces, se fecundan mutuamente. Arrupe ve en ello una importante confirmación de su especial preocupación por la justicia en el mundo.

El 8 de septiembre de 1973 convoca la Congregación General 32, y considera que ésta es la decisión más importante de su generalato. Dicha Congregación tiene lugar del 1 de diciembre 1974 al 7 de marzo 1975. Y define la misión de los Jesuitas en el mundo actual en términos de "lucha por la fe y lucha por la justicia". Esta decisión fundamental tendrá que ser asumida conscientemente por la Compañía a través de un proceso difícil. Conducirá a tensiones y conflictos, tanto con regímenes totalitarios, sobre todo en América Latina, como con grupos de Iglesia, aferrados a una estricta separación entre fe y política. Una de las últimas decisiones importantes de Arrupe será la fundación, el 14 de noviembre 1980, del Servicio Jesuita de Refugiados, para reaccionar a la catástrofe humanitaria de los refugiados vietnamitas.

La Congregación General 31 había posibilitado un procedimiento para que el General de la Orden pudiera retirarse por motivos de edad. Al comienzo de 1980 Arrupe dio los primeros pasos en ese sentido, pero el Papa Juan Pablo II lo frenó con el argumento de que la Compañía de Jesús no estaba todavía preparada para una Congregación General. Previamente, había que clarificar ciertas cosas. La comunicación entre Arrupe y el Papa se hace difícil. Ocurre el trágico atentado contra Juan Pablo II, el 13 de mayo 1981, en la plaza de San Pedro. El 7 de agosto de ese mismo año Arrupe -de regreso de Filipinas- en el aeropuerto de Roma sufre una trombosis cerebral. Pierde progresivamente el habla y se le paraliza la mitad derecha de su cuerpo. El resto de sus días quedará en una silla de ruedas y permanentemente necesitado de ayuda. El 6 de octubre de 1981 le visita el Cardenal Casaroli, Secretario de Estado, en su habitación de la enfermería, y le entrega una carta autógrafa del Papa Juan Pablo II en la que nombra al P. Paolo Dezza su delegado papal para la Compañía de Jesús, con plenos poderes de General de la Orden hasta la convocación de una Congregación General. La Congregación General 33, que finalmente se realiza en el otoño de 1983, elegirá al holandés P. Peter-Hans Kolvenbach como sucesor de Arrupe.

El estado de salud de Arrupe empeora continuamente. Después de una fuerte crisis en noviembre de 1985, su capacidad de comunicación se apaga paulatinamente. El 5 de febrero 1991, tras una larga agonía,

muere lentamente en presencia de su sucesor Peter-Hans Kolvenbach y de otros jesuitas especialmente cercanos. Cuando al final de la misa funeral su ataúd es sacado de la iglesia, sucede algo extraordinario. La comunidad, en duelo, prorrumpe en un largo aplauso. En Arrupe muchos ven un santo.

Carisma de credibilidad

¿Dónde estuvo el secreto de la personalidad de Pedro Arrupe? ¿Qué le hizo una de las más conocidas personalidades eclesiales del postconcilio? Él mismo dijo una vez que las verdaderas historias de vida no se han escrito con tinta. Y tal vez la respuesta a estas preguntas tenga su fundamento en una frase central de los Ejercicios de San Ignacio: “El amor se debe poner más en las obras que en las palabras”. En términos actuales diríamos que se trata de coherencia personal entre teoría y praxis. Se trata de credibilidad. Pedro Arrupe es un extraordinario ejemplo de un hombre en quien convergen palabras y acción, anuncio y testimonio. No fue uno de los que dicen “Señor, Señor”, pero no hacen nada, sino que puso su vida al servicio de lo que anunciaba. Sus palabras llevaban el respaldo de su vida.

En su experiencia de misionero aprendió que ningún argumento puede convencer a los no-creyentes, si no va respaldado por un testimonio vivo. En este contexto cita a Gandhi: Yo amo a Cristo, pero desprecio a los cristianos, porque no viven como Cristo. El siguiente episodio muestra que el testimonio de vida es más importante que todas las prudentes teorías. Un profesor japonés le preguntó sobre la prueba de la existencia de Dios. Arrupe le expuso las pruebas clásicas, las “cinco vías” de Santo Tomás. Su interlocutor, sin embargo, no podía seguir el hilo de su argumentación. Arrupe se mostró dispuesto a empezar de nuevo. Entonces, el japonés le interrumpe: “No he entendido sus explicaciones, pero Usted es un *“hotoke”* (un ser perfecto). He observado durante meses su forma de vida y conozco ahora su convicción. El hecho de que su convicción de fe ha llegado hasta el fondo, me basta para convencerme de que lo que Usted dice es verdad”.

Arrupe aprende la lección de que para un mundo que no quiere reconocer al Dios vivo, la prueba más impactante no es la lógica, sino una vida coherente con su conocimiento de fe. Lo confirma también otra

experiencia: Un anciano japonés participó durante medio año en las catequesis de Arrupe en la iglesia de la Paz de Hiroshima. Un día Arrupe le preguntó si lo entendía todo bien. El anciano no le respondió. Era sordo. Cuando luego Arrupe logró dialogar con él, el buen anciano le dijo: "Durante todo el tiempo le he estado mirando a sus ojos. No mienten. Lo que Usted cree, lo creo yo también".

Esta credibilidad personal le caracterizó también como General de la Compañía. Su autenticidad, su unidad interior, su sencillez, la transparencia de su alma convencieron más aún que sus palabras y actividades. Contempló al mundo y, sobre todo, a las generaciones jóvenes, saturadas de palabras y discursos. Exigían hechos y testimonios de vida. *Esto supone que se vive el evangelio radicalmente, sin recortes (sin glosa), que se ama al prójimo, como Cristo lo ha amado, hasta la entrega de su propia vida, esto es, viviendo desinteresado, pobre, en servicio de los demás.*

Lo que da la medida de la convergencia de palabra y obras, de anuncio y testimonio, es Jesucristo. En su "Oración a Jesucristo modelo", al final de su conferencia sobre "El modo nuestro de proceder", dice: *Ésa es la imagen tuya que contemplo en el evangelio, ser noble, sublime, amable, ejemplar, que tenía una perfecta armonía entre vida y doctrina.*

Arrupe vivió austeridad y pobreza de una manera personal muy exigente. Siendo General lavaba él mismo su propia ropa. Recibía un regalo y lo daba a otros, no pocas veces en el acto, y no siempre a gusto de los que se lo regalaron. Su sueño fue vivir en la via Appia con los pobres de Roma. Pero sus consejeros le disuadieron porque esto les haría sentir mal a los que se quedarían en la Curia, pues llevaban tiempo viviendo allí.

Para Arrupe, la credibilidad se fundamenta en la fe. Y en la vida del jesuita está estrechamente vinculada a los votos: *Para nosotros, jesuitas, el testimonio de vida está hecho de pobreza, sencillez, entrega al servicio sin reservas, vida en contacto con los pobres, obediencia, disponibilidad, castidad. Todo ello vivido en un grado tal, que no pueda encontrarsele más explicación que nuestra fe en Dios Padre y en Jesucristo.*

2. Fe y Justicia

Desde que Pedro Arrupe, estudiante de medicina, se encontró con la miseria de los suburbios de Madrid, el tema de la justicia le marcó

para siempre. El problema de la justicia, en su dimensión mundial, fue para él uno de los más importantes signos de los tiempos. Ante todo hay que estar claros en que para Arrupe la justicia no fue sólo un problema de ética social, sino una cuestión teológica muy profunda, que hunde sus raíces en el mismo Dios. La síntesis apostólica de la Compañía de Jesús desde sus orígenes: “ayudar a las almas”, la tradujo Arrupe para nuestros tiempos como ser hombres para los demás. Así había formulado Dietrich Bonhoeffer la esencia del ser cristiano. En una situación de injusticia y miseria brota, exigente, una particular dedicación a los pobres, la opción por los pobres. Opción que tiene su fundamento ya en san Ignacio, en su criterio de selección de ministerios para los jesuitas: ir allí donde hay “mayor necesidad”, donde los hombres sufren y nadie se preocupa de ellos.

Se trata no sólo de la salvación de las almas, sino -tomando la totalidad del ser humano, cuerpo-alma-ser: de atender también a las condiciones de vida materiales. Esta mirada globalizante de la salvación está en el centro del Concilio Vaticano II. Para Arrupe, como Superior General, fue una prioridad urgente traducir el Concilio para la Compañía de Jesús y ponerlo a producir. Una vez llegó a decir que el Vaticano II hace posible a la Compañía de Jesús ser hoy más ignaciana que en tiempo de san Ignacio. La Compañía realizó su *aggiornamento* en la opción fundamental por la fe y la justicia y en la opción por los pobres, como dimensión transversal de todos sus trabajos. Así definió la Congregación General 32, 1974/75, la misión de los jesuitas. Arrupe no tuvo duda ninguna de que una renovación de la orden, en esa dirección, era voluntad de Dios

La salvación de todo el hombre

En la teología y en la Iglesia preconciatares existía una fuerte división entre el orden temporal y el trascendente, entre la historia del mundo y la historia de la salvación, entre la Iglesia y el mundo. A esto correspondía una concepción de espiritualidad en la que también estaban claramente separados Dios y mundo, cuerpo y alma, contemplación y acción. La vida en este mundo era considerada como una especie de estación de paso en el camino hacia la eternidad. Por eso la Iglesia tenía que ocuparse de la

salvación de las almas. Su primer objetivo tenía que ser que la mayor cantidad posible de seres humanos “llegase al cielo”. Para ello los medios más importantes eran los sacramentos.

Cuando en su alocución de apertura del Vaticano II el Papa Juan XXIII exhortó a dar un “salto hacia delante”, pensaba, sobre todo, en que había que orientar de forma nueva y distinta la relación Iglesia-mundo. La Iglesia dejó de concebirse como una fortaleza y proclamó su decisión de ponerse al servicio del mundo y de los hombres. Fue como un giro copernicano. En el centro de la Iglesia ya no están los propios intereses y derechos, sino el bien de los hombres, más aún, de todos los hombres. Para Juan XXIII esto significa que “la Iglesia no debería ocuparse más de sus propios problemas, sino de servir a toda la humanidad en su búsqueda de justicia, paz y unidad”. Con esto introdujo la realidad de lo social y de lo político en la competencia y la responsabilidad de la Iglesia. Su sucesor, el Papa Pablo VI, proclamó exactamente lo mismo en la alocución de clausura del Concilio. “Más que nunca estamos alineados en servir al hombre como tal, no sólo a los católicos, por eso en defender en primera línea y por todas partes, los derechos de la persona humana y no sólo los de la Iglesia católica”. La Iglesia se orienta a todos los hombres, independientemente de su confesión y de su pertenencia religiosa. Después de una larga y acalorada resistencia, la Iglesia se apropiaba la idea de los derechos humanos.

La Iglesia que se pone al servicio del mundo y de los hombres volvió a mirar atrás, a sus orígenes, y, de nuevo, se asemejó más a Jesús. Jesús mismo había tenido como contenido de su vida “servir”. En la última cena lavó los pies a sus discípulos y les invitó a lavárselos unos a otros. En estrecha conexión, los pequeños y los insignificantes fueron para Jesús los más importantes: los niños, los pobres, los marginados. Esto es lo que aparece en el primer párrafo de la famosa Constitución pastoral del Concilio: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanza, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”.

Para Juan XXIII, y también para Pedro Arrupe, la renovación eclesial significa que la Iglesia está atenta a los “signos de los tiempos” y

se deja orientar por ellos. Precisamente en la realidad de los signos de los tiempos quedaba superada la rígida separación entre Dios y mundo. Pues los signos de los tiempos son, por un lado, acontecimientos y fenómenos históricos. Pero son también, como señala la Constitución Pastoral del Concilio, signos de la “presencia o del proyecto” de Dios. Son, como los sacramentos, algo así como mediaciones de la unión entre Dios y el mundo. En los signos de los tiempos se hace presente, también, una dimensión sacramental de la historia. En ella y por medio de ella Dios puede mostrar su presencia y su voluntad. Sin embargo, no cualquier signo histórico es un signo de los tiempos. Es necesario discernirlos e interpretarlos. El criterio más importante de discernimiento lo menciona de nuevo la Constitución Pastoral del Concilio. Hay que interpretarlos “a la luz del Evangelio”. Esto quiere decir que la Sagrada Escritura es el criterio decisivo para juzgar si un fenómeno histórico es verdaderamente signo de los tiempos. Por otra parte, también es verdad, a la inversa, que los signos de los tiempos pueden sacar a luz nuevas dimensiones y perspectivas en la Biblia.

En este sentido Arrupe habla una y otra vez de los signos de los tiempos. El discernimiento de esos signos es una tarea común, de todos los jesuitas. Con ello Arrupe renovó también la antigua tradición jesuítica del discernimiento espiritual comunitario, como lo habían practicado los fundadores de la Compañía. No sólo por medio de los superiores, sino también por medio de la interpretación en comunidad de los signos de los tiempos, puede Dios comunicar su voluntad a la Compañía de Jesús.

Dios quiere justicia

La exigencia de la justicia universal se convierte para Arrupe en el más importante signo de los tiempos. No tuvo la más mínima duda de que la misión de la Compañía en el mundo de hoy encuentra su fundamento en la lucha por la fe y por la justicia, y que esto viene de Dios. En su conferencia sobre “La inspiración trinitaria del carisma ignaciano” esbozó esta raíz teológica: *En las personas divinas está el modelo supremo del “hombre para los demás”. Ser hombre para los demás significa comprometerse en su salvación total, que comprende también las condiciones sociales de vida. Así, lo social no es sólo una dimensión ética, sino una dimensión teológica de la fe cristiana. El Dios en quien creen los cristianos es un Dios de la vida. Ha*

enviado al mundo a su Hijo, para que los hombres “tengan vida en plenitud” (Jn 10, 10). Esta vida no se agota en las condiciones materiales, pero un minimum material de existencia es presupuesto para una vida humana digna y plena. Donde falta este minimum hay que obedecer a un mandamiento de justicia para procurar ayudas y cambios. El compromiso por la justicia se convierte, así, en un componente consistente, integral, de la evangelización y del anuncio de la fe.

En el apartado final de su conferencia Arrupe fundamenta cómo precisamente en esto consiste la renovación del carisma ignaciano para nuestro tiempo, tal como lo ha exigido el Concilio. La situación del mundo hiere profundamente nuestra sensibilidad de jesuitas, y pone en tensión las fibras más íntimas de nuestro celo apostólico y las hace estremecerse. Se llega aquí a lo fundamental. Objetivo y tarea de la Compañía de Jesús desde sus orígenes es la defensa y el anuncio de la fe. Arrupe empalma con esto, pero da un decisivo paso adelante. La fe mueve a la caridad, pero también, a la inversa, es movida por ella. A la vista de la necesidad del mundo, el amor debe realizarse en la justicia. Esto lleva a la conclusión decisiva: *La lucha por la fe, la promoción de la justicia, el empeño por la caridad son nuestra ambición, y en eso tenemos nuestra razón de ser. Nuestra renovación de acuerdo a los signos de los tiempos consiste en dejarnos penetrar por esta idea, vivirla con toda la intensidad del ‘magis’ ignaciano. De esta manera deberíamos llegar a las fuentes del carisma trinitario ignaciano: la esencia divina, que es amor.*

Era necesario que la Compañía se reorientase de nuevo, cambiase, se convirtiese. Para Arrupe este proceso estaba fundamentado en los Ejercicios: La Compañía reconoció sus deficiencias pasadas en el servicio de la fe y promoción de la justicia y se preguntó a sí misma ante Cristo crucificado qué ha hecho por Él y qué debía hacer por Él. A los pies, del Crucificado, por amor, eligió la participación en esta lucha como punto focal que identifica en la actualidad lo que los jesuitas hacen y son. Ignacio en los Ejercicios quiere orientarnos ante todo, a seguir a Jesús “pobre y humilde”, a hacerse cada vez más semejante a Él y a colaborar en su obra de salvación.

Los pobres son vicarios de Cristo

El Papa Juan XXIII, pocas semanas antes de la apertura del Concilio Vaticano II, en una alocución por radio habló del problema de la pobreza en

el mundo como una urgencia decisiva para el Concilio. La Iglesia -recalcaba- es en verdad para todos, pero quiere ser, de manera especial, "Iglesia de los pobres". Con esto quiso proponer al Concilio un tema central y una orientación programática. Obispos como don Hélder Câmara de Brasil y el Cardenal Giacomo Lercaro de Bolonia introdujeron el tema de la pobreza y de la justicia, una y otra vez, en los debates del Concilio. Sin embargo no se logró que llegase a ser el eje alrededor del cual girase todo, como lo había deseado Juan XXIII.

Esto se hizo realidad en la II Asamblea General del Episcopado Latinoamericano en Medellín en 1968, en la que participó Pedro Arrupe. En el centro de los documentos de Medellín está lo sustancial de la opción por los pobres, aunque no se formule literalmente. Arrupe hizo suya, totalmente, esta visión de Medellín. Siguiendo el ejemplo de Cristo, la Iglesia debe ser, ante todo, la Iglesia de los pobres y de los oprimidos. Según Arrupe aquí se juega, principalmente, la credibilidad de la Iglesia: *La Iglesia de Cristo, en cuanto tal, ha de mostrarse precisamente en este mundo como Iglesia de aquellos hombres que, según la palabra del Señor, representan el más seguro criterio del amor: los pobres, los tiranizados, los perseguidos, los expulsados y los desesperados. Si falseamos o trastocamos esta palabra del Señor, hemos cometido delito de alta traición a su mensaje.*

Amor a Dios y amor al prójimo sólo pueden entenderse, según la Biblia y la teología, en íntima unidad. Tanto el relato del juicio final en el evangelio de Mateo (Mt 25, 31-46), como la primera carta de Juan, dejan bien claro que no puede darse amor a Dios y a Cristo, sin amor al prójimo. Cristo se identificó con los hambrientos, los sin techo, los refugiados y los encarcelados. Ellos son sus representantes. Así, pues, amor al prójimo y compromiso por la justicia se relacionan inseparablemente. Y a la vista de la necesidad humana y el sufrimiento humano amor al prójimo y justicia deben fundirse. El anuncio de la fe y la lucha por la justicia no son en la Compañía tareas separables una de otra, sino dos caras de la misma moneda de la misión apostólica de ser "hombres para los demás".

El poner juntas fe y justicia también tuvo repercusiones en el cumplimiento del encargo especial de afrontar el ateísmo que el Papa Pablo VI había dado a la Compañía. Arrupe insistió una y otra vez en que no se trata de una negación de Dios teórica, sino práctica. Ateísmo práctico era

para él acaparar poder y riqueza a costa de los pobres. En figura moderna reaparecen los viejos ídolos: realidades caducas, que se consideran absolutas y a las que son sacrificados seres humanos; son ídolos de la muerte en figura de sistemas y estructuras injustas: La tentación de adorar ídolos falsos no es algo exclusivo de los pueblos primitivos, ni de los tiempos bíblicos, ni de los tiempos modernos. Los ídolos falsos de nuestra civilización actual son mucho más insidiosos, por ser más refinados y más disfrazados.

Todavía hoy se repite que, por causa de su compromiso social, la Iglesia se aleja de su tarea “específica”. Pero lo único que esto muestra es que no se ha comprendido ni se ha llevado a la práctica el paso adelante que fue central en el Concilio y en las encíclicas sociales de los Papas. Con la Constitución pastoral *Gaudium et Spes* Arrupe afirma que “las actividades asistenciales y de desarrollo son parte de la misión evangelizadora de la Iglesia”. Con la Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* Pablo VI refuerza: “Entre evangelización y promoción humana (desarrollo, liberación...) existen efectivamente lazos muy fuertes”. Por ello Arrupe percibe la crisis de fe de cientos de millones de católicos en el mundo actual no en el materialismo ni en una débil reflexión teológica, sino en las brutales carencias vitales de la existencia. Y ello se agrava más porque los hombres y mujeres de los países pobres están hoy muy bien informados por los medios de comunicación social y el turismo mundial sobre el bienestar del así llamado primer mundo.

De las limosnas a las estructuras

Para Arrupe es claro que los grandes problemas sociales del mundo no se pueden resolver sólo caritativamente, con limosnas, sino que deben ser abordados estructural y políticamente. El obispo Hélder Câmara lo expresó precisa y concisamente: “Si doy pan a los pobres, dicen que soy un santo. Pero si pregunto por qué los pobres no tienen que comer, me llaman comunista”. Aludiendo a la parábola del buen samaritano, Arrupe formula lo mismo: *Sin duda ninguna el amor cristiano supone vendar las heridas de quienes han caído en manos de ladrones y se desangran al borde del camino. Pero el deber de los cristianos es también evitar que los hombres inocentes nunca más caigan en manos de ladrones. Sin embargo, el que toca las estructuras y las cuestiona, fácilmente corre el peligro de perder su vida a manos de quienes se aprovechan de las estructuras.*

Arrupe no pierde de vista la responsabilidad personal de cada uno en el plano de las estructuras. Las estructuras de la sociedad no son un producto natural, están hechas por hombres y de ellas son responsables los hombres. Por eso el cambio de estructuras debe ir a la par de la conversión personal: Los terribles problemas humanos, que angustian a nuestros contemporáneos, no serán solucionados con leyes y reformas de estructuras, si antes no se cambia el corazón humano. En efecto, el hombre es quien crea las estructuras y los diferentes sistemas económicos. El medio más apropiado para lograrlo lo ve en los Ejercicios, que tienen una dimensión social. La conversión y el "ordenar la vida" no deben quedar encerrados en el campo individual sino que deben acreditarse y verificarse en la construcción de un orden social justo.

El problema de la justicia a escala mundial para Arrupe es, además, cuestión de saber y de conciencia. Muchos hombres en los países ricos no tienen ni idea de las infames condiciones de vida en las que tienen que vivir millones de seres humanos. En consecuencia, no son conscientes de la responsabilidad que tienen en esta injusticia. Para cambiar esta situación es necesario un cambio de conciencia. Este cambio surge rápidamente como fruto de una experiencia personal. Es ésta una lección que Arrupe aprendió en sus 27 años de actividad misionera. Hay que hacer experiencias personales. Hay que experimentar en el propio cuerpo los problemas de quienes padecen necesidad. ¿Qué pueden saber del hambre los que padecen exceso de calorías? ¿Qué idea de las condiciones de vida materiales, sociales y espirituales del mundo de los parias podemos hacer desde las butacas del primer mundo? Ninguna que valga la pena. Por eso, Arrupe desea que los jesuitas, al menos durante algún tiempo, experimenten en su propia carne situaciones de necesidad social, y que allí lleven a cabo su apostolado. Ya Ignacio había establecido la regla de que los jesuitas profesores y científicos dediquen una parte de su tiempo a trabajar en catequesis de niños, cuidado de enfermos o pastoral de cárceles.

En este sentido Arrupe actualiza las iniciativas sociales, que Ignacio había concebido para su tiempo: Yo me pregunto cual sería la actitud de Ignacio hoy ante los desastres de nuestra época: los fugitivos del mar, las multitudes hambrientas en el cinturón del Sahara, los refugiados y emigrados forzosos. O ante las miserias de esos grupos bien definidos de víctimas de

una explotación criminal de parte de nuestra sociedad; los drogadictos, por ejemplo. ¿Sería equivocado pensar que él en nuestro tiempo hubiera hecho más, hubiera hecho las cosas de otra manera que nosotros? Así, en los Estados Unidos Arrupe animó, en los años sesenta, a la fundación de un servicio jesuita de voluntarios que organizó la inserción de jóvenes en puntos socialmente candentes. Poco después fue fundado el Voluntariado europeo de Jesuitas, JEV, y la Misión jesuita de voluntarios, JMV, que también ofrecen programas de inserción en los países del sur. En el encuentro directo con la pobreza y la miseria se realiza un cambio de conciencia que con frecuencia cambia a estos jóvenes para el resto de sus vidas.

La difícil cuestión de la política

También había que evaluar las consecuencias políticas en la planificación apostólica de la Orden. La nueva planificación exigió una revisión de las obras existentes. En una carta del 12 de diciembre 1966 a los jesuitas de América Latina Arrupe cuestiona críticamente lo que han hecho los numerosos colegios de jesuitas en América Latina. ¿No han estado casi exclusivamente al servicio de los ricos? Y en este contexto no tiene dificultad de hablar también de los pecados de los jesuitas. La opción preferencial por los pobres debería incidir de modo concreto en los trabajos de la Compañía y, si fuera necesario, debería llevar también a dejar instituciones. En México fue muy llamativo el cierre de un colegio de larga tradición.

La flexibilidad para desprenderse de apostolados y asumir nuevas tareas pertenece, según Arrupe, a las características esenciales de la Compañía de Jesús. Por eso alerta a los jesuitas con urgencia: La Compañía no puede dejarse atrapar por las estructuras del trabajo apostólico, que, por la exclusiva y absoluta preocupación por las necesidades presentes, pudieran convertirse en una verdadera trampa. Debe defender su capacidad de asumir nuevos trabajos y de cambiarse a sí misma, como lo exija la atenta contemplación de los grandes problemas de la humanidad.

La opción fundamental por la fe y la justicia puso en cuestión viejas alianzas. Esto se notó con claridad en las reacciones a una conferencia que en 1973 Arrupe dirigió a los antiguos alumnos de los colegios de la Compañía de Jesús en España. En dicha conferencia dijo que el sistema de

educación dominante en todo el mundo da poca importancia a los problemas sociales. Surgieron preguntas que a algunos de los oyentes causaron desaliento: *Pero nosotros, jesuitas, ¿os hemos educado para la justicia? Si, al término 'justicia' y a la expresión 'educar para la justicia' le damos toda la profundidad de que hoy la ha dotado la Iglesia, creo que tenemos que responder con toda humildad que los jesuitas no os hemos educado para la justicia tal como Dios la exige de nosotros, y creo puedo pedirlos también a vosotros la humildad de responder igualmente que no, que no estáis educados para la justicia y que tenéis que completar la formación recibida.*

Arrupe sacó la siguiente conclusión: *Esto significa que debemos trabajar juntos por llenar estos vacíos y para dar a la educación que ofrecen nuestros colegios un nivel que responda a las exigencias de justicia en el mundo actual. Esto no será fácil, pero lo tenemos que conseguir.* Las resistencias fueron más fuertes de lo esperado. Y como reacción a este discurso, el presidente de la Asociación de Antiguos Alumnos presentó la dimisión. Arrupe hablaría más tarde de una cierta aversión a esta adaptación social y cristiana, que se podía observar en algunos antiguos alumnos.

El misterio de Dios en los pobres

En Arrupe, el encuentro con los pobres va unido cada vez más a profundas experiencias espirituales. Particularmente impresionantes son sus recuerdos de una misa en uno de los suburbios de miseria en América Latina. En la consagración siente, en completo silencio, la alegría del Señor entre aquellos que él ama. Esta experiencia es para él más importante que las grandes recepciones de los poderosos de la tierra. Después de la misa un sujeto larguirucho de aspecto patibulario le invita a ir con él. Al principio Arrupe duda, pero luego acepta la invitación. El hombre le lleva a su pobre chabola y le ofrece una tumbona. Desde su asiento Arrupe puede ver por una ventana abierta la puesta del sol. “¿No es esto bello?”, le pregunta el que le ha invitado. “Yo no sabía cómo agradecerle todo lo que Usted hace por nosotros. No puedo darle nada, pero pensé que a Usted le agradaría contemplar esta puesta de sol”. Arrupe habló muchas veces de este extraordinario regalo.

Estas experiencias unieron a Arrupe con el Arzobispo de El Salvador, Oscar Romero. Era gran amigo suyo. También Romero hizo la gozosa experiencia de encontrar el misterio de Dios en los pobres de su pueblo. Esto desencadenó en él un proceso de transformación que algunos interpretan como conversión. Resuena en conocidas frases suyas: "He conocido a Dios, porque he conocido a mi pueblo". "El obispo debe aprender mucho de su pueblo". "Con este pueblo no cuesta ser buen pastor". Algo semejante confiesa Arrupe: él ha ido a la escuela de los pobres y ha aprendido mucho de ellos.

Los pobres son también punto de referencia cuando, novedosamente, Arrupe intenta acercar a la Compañía la devoción al Corazón de Jesús: *Si queréis, como personas y como Compañía, entrar en los tesoros del Reino y contribuir a edificarlo, con extraordinaria eficacia, haceos como los pobres a quienes deseáis servir. Tantas veces repetís que los pobres os han enseñado más que muchos libros; aprended de ellos esta lección tan sencilla: "Reconoced mi amor en mi Corazón".*

Persecución por causa de la justicia

Jesús ya anticipó en las Bienaventuranzas del sermón del monte que comprometerse por la justicia lleva a ser perseguido. Ignacio de Loyola pidió persecuciones para la Compañía. Para Arrupe no había duda de que la persecución era consecuencia necesaria del seguimiento de Jesús. La opción fundamental por la fe y la justicia llevó a la Compañía de Jesús a una nueva persecución. La Congregación General 32 habló de "lucha bajo la bandera de la cruz". Arrupe estimuló a los jesuitas a una agresividad apostólica, que no sólo prepara a la Orden para misiones difíciles, sino que la lleva a aceptar, como cosa natural, ser blanco de persecuciones. Esta lucha puede exigirnos sacrificios: No trabajaremos por la justicia, sin pagar algún precio por ello. Al final del monumental libro sobre Arrupe de Gianni La Bella se encuentran los nombres de 47 jesuitas que, desde la Congregación General 32, han sido martirizados por su compromiso con la fe y la justicia.

La persecución más intensa de todas fue la de los jesuitas en la pequeña nación centroamericana de El Salvador. Ignacio Ellacuría intentó poner la Universidad Centroamericana, fundada en los años 1960, al

servicio de la justicia y la liberación. Junto a la investigación y la docencia, las publicaciones de la Universidad tuvieron gran importancia. En 1976, tras un crítico editorial contra la marcha atrás que la oligarquía había ocasionado a una incipiente reforma agraria, explotaron en el campus las primeras bombas. Pedro Arrupe escribió una carta a los jesuitas centroamericanos: *No puedo hacer otra cosa que alegrarme y felicitarles sinceramente porque han defendido la causa de los pobres y por eso son perseguidos*. Y con la carta les envió 5000 dólares para aliviar los daños causados.

El 12 de marzo 1977 fue asesinado el jesuita Rutilio Grande por orden de los grandes terratenientes. Como párroco de la comunidad de Aguilar, Rutilio había animado a los fieles a exigir sus derechos humanos fundamentales y una justa distribución de las tierras. Poco después aparecieron octavillas con la invitación: “¡Haga patria; mata a un cura!”. Todos los jesuitas recibieron un ultimátum para abandonar el país en el plazo de un mes, de lo contrario uno tras otro serían asesinados. Los jesuitas permanecieron en el país, aunque durante largo tiempo debían pasar la noche en lugares distintos. Arrupe lo explicó lapidariamente: *La Compañía de Jesús no se mueve con amenazas. Si fueran asesinados más jesuitas, celebraríamos un funeral y continuaríamos trabajando*.

Rutilio Grande no fue la primera víctima de la Compañía de Jesús. Desde 1973 seis Padres y un Hermano habían sido asesinados en el Tchad, en Brasil y en la antigua Rodesia. Con ocasión de esos asesinatos el 19 de marzo de 1977 Arrupe escribió una carta a toda la Compañía. Su dolor por la pérdida de los compañeros, así decía Arrupe, se mezcla con una gran alegría por el hecho de que Jesucristo, por medio de estos compañeros, tiene un mensaje para la Compañía de Jesús. ¿Qué mensaje es éste? En estos hermanos asesinados nos muestra el Señor qué clase de testigos son necesarios en el mundo actual. “Estos cinco compañeros fueron hombres de dones muy normales, de una vida sencilla, más o menos desconocidos; vivieron en pequeños pueblos y se ocuparon en el servicio diario a los pobres y enfermos”. Sin ninguna duda, era la forma de poner en práctica el mandato de la Congregación General 32: la lucha por la fe y la justicia. Para Arrupe no había duda ninguna de que estos jesuitas son verdaderos mártires. En su martirio ve él confirmada la opción fundamental de la Congregación General 32.

Sobre la tumba de los seis jesuitas asesinados el 16 de noviembre 1989 por un escuadrón de la muerte del ejército salvadoreño reza una de las claves de la Congregación General 32: "¿Qué significa ser jesuita hoy? Comprometerse bajo la bandera de la cruz en la decisiva lucha de nuestro tiempo: la lucha por la fe, que incluye la lucha por la justicia. No nos comprometeremos en la promoción de la justicia sin pagar un precio por ello".